

MAURITANIA: CERCO A LA OPOSICIÓN E INTENTONA GOLPISTA

N.Á.

MAURITANIA ha experimentado un cambio notable en su política exterior desde la década de los noventa del siglo pasado. El momento de inflexión vino marcado por la Guerra del Golfo y la postura del gobierno, contraria a la intervención militar contra Iraq. El presidente de la República, Muawiya Uld Ahmad Taya, sometido a fuertes presiones por parte de EEUU, emprendió una política de acercamiento hacia Washington y sus aliados que dio como resultado la aceptación de los programas del Fondo Monetario Internacional. Nuakchot, además, comenzó a cooperar con la estrategia de la política exterior estadounidense, que patrocinó la decisión gubernamental de establecer relaciones oficiales con Israel en 1999. Cuando se inició la nueva campaña bélica de EEUU en Iraq en marzo de 2003, el régimen de Uld Ahmad Taya fue acusado de apoyarla *tímidamente*, o al menos de no decir nada en contra.

Como quiera que para noviembre de este año están previstas elecciones presidenciales en el país, el Partido Republicano, en el poder, ha comenzado a postular al presidente para reeditar un cargo que ostenta desde 1984 gracias a un golpe de estado. Esta vez ha sido a través de una campaña mediática, policial y judicial contra los partidos de la oposición. La formación principal, el Bloque de Fuerzas Democráticas, ha sido el objetivo principal: uno de sus dirigentes, Muhammad Yamil Mansur, alcalde de la localidad de Arafat, fue detenido en una campaña de arrestos iniciada poco después de la invasión de Iraq. Se le acusaba de

incitar al desorden y otros delitos que podrían suponer, incluso, una condena de reclusión perpetua. Esta campaña afectó a numerosos predicadores, ulemas y políticos, todos ellos opuestos a la naturalización de relaciones con Israel. El Bloque de Fuerzas Democráticas había sido disuelto temporalmente a finales de 2000 por razones similares, ya que a poco de empezar la Intifada de al-Aqsa el partido organizó manifestaciones de protesta en Nuakchot y Nuadhibu, la segunda ciudad del país. El líder del Bloque, Ahmad Uld Daddah, se había presentado en las elecciones presidenciales de 1992, en las que obtuvo poco más del 30% de los votos, y acusó al partido gubernamental de haber manipulado los resultados. Acusaciones similares serían moneda corriente también en las de 1999, que también ganó Uld Ahmad Taya. Las autoridades mauritanas han justificado la ola de arrestos, dirigida sobre todo contra símbolos de la corriente islamista, en el marco de la lucha contra el terrorismo internacional y sus conexiones mauritanas. Sin embargo, algunas voces han acusado al partido gobernante de utilizar los resortes del Estado para allanar el camino presidencial de Uld Ahmad Taya.

Al mismo tiempo, las fuerzas de seguridad detenían a docentes y hombres de religión adscritos a la corriente salafí wahhabí, oficial en Arabia Saudí. Más de diez maestros del Instituto de Ciencias Islámicas y Árabes, dependiente de la Universidad Islámica del imam Muhammad ben Saud, fueron detenidos en una segunda redada y puestos a disposición judicial. Fuentes oficiales hablaron de la existencia de "células operativas de al-Qaeda" en Mauritania, y las organizaciones no gubernamentales atacaron con fuerza a la

Liga Internacional de Organizaciones de Derechos Humanos por haber puesto en duda la legalidad y la justificación de los arrestos. La acusaron de apoyar “el terrorismo internacional y a quienes tratan de alterar la paz y la estabilidad de Mauritania en nombre del Islam”.

Otras formaciones sufrieron el acoso gubernamental. 11 miembros del Partido del Ba'az mauritano (*al-Nuhud*, no autorizado), proiraquí, fueron detenidos a mediados de mayo y posteriormente juzgados. Se les acusaba de asociación política ilegal. Fuentes judiciales pronosticaron penas ejemplares; no obstante, a principios de junio, los jueces absolvieron a algunos y condenaron a otros a penas leves, entre ellos el secretario general. Entonces se rumoreó que el gobierno había preferido apaciguar los ánimos en el sector laico de la oposición para dedicarse en exclusiva a la corriente islámica y no abrir un nuevo frente que, a buen seguro, le haría acreedor de nuevas críticas por parte de las asociaciones internacionales de derechos humanos.

En este clima de tensión, un grupo de militares llevó a cabo una intentona golpista en la primera semana de junio. Los sublevados, pertenecientes según los primeros indicios a una unidad acorazada, atacaron el palacio presidencial y la sede de la emisora nacional mauritana y se enfrentaron con fuerzas leales al presidente. Al final, al cabo de varias horas de incertidumbre, la intentona quedó sofocada, con el saldo de numerosos muertos, entre ellos el jefe del Estado Mayor. En un mensaje emitido por la televisión, el presidente Uld Taya comunicó a la población que el ejército tenía la situación bajo control. Según algunos rumores, en el alzamiento parti-

ciparon oficiales y ex oficiales de tendencia nacionalista panarabista. Por si acaso, los islamistas detenidos en semanas anteriores y liberados durante la confusión que se vivió en los centros gubernamentales de la capital (muchos vigilantes abandonaron las cárceles), se entregaron a las autoridades una vez confirmada la derrota de los sublevados y anunciaron que no tenían nada que ver con el asunto. Esta intentona fallida reforzará sin duda la campaña de acoso contra la oposición del signo que sea y favorecerá el cartel de Uld Ahmad Taya cara a las próximas elecciones. Además, las muestras de apoyo recibidas desde el extranjero certifican la importancia de Uld Taya para la política exterior de EEUU. Washington expresó su satisfacción por el fracaso del golpe y la ministra de Exteriores española, que suele hacer de subcomisionada del Departamento de Estado estadounidense, viajó a Mauritania para refrendar al gobierno. También se ha rumoreado sobre la participación de soldados de elite marroquíes en la contraofensiva del ejército mauritano. De ser cierta esta ayuda, no debería descartarse que la implicación de Rabat en pro de Uld Taya tenga algo que ver con los designios de EEUU para la zona. Muchos, dentro y fuera del país, calificaron la revuelta de aviso contra la política proestadounidense y proisraelí de Uld Taya, por lo que la reacción de Washington adquiere una importancia especial. ●

QATAR: EMIRATO EMERGENTE

N.Á.

El pequeño emirato de Qatar (unos 600.000 habitantes) se ha convertido, desde la llegada al poder del emir Hamad ben Jalifa al-Zani en 1995,

en uno de los países de mayor peso específico en la región del Golfo. A pesar de su minúscula extensión y su reducida significación económica, Qatar ocupa en la actualidad un lugar destacado en la política regional de Oriente Medio. También ha pasado a ser un aliado fundamental de Estados Unidos: el centro de operaciones del ejército estadounidense durante la campaña bélica contra Iraq se instaló en la base de Siliya y aun hoy la supervisión de las tareas de gobierno en Iraq se supervisan desde los destacamentos militares de EEUU en Qatar.

Por esta razón, la visita del presidente George W. Bush al emirato la primera semana de junio significa un reconocimiento al nuevo protagonismo de su aliado qatarí, máxime si se tiene en cuenta que la visita no incluyó Kuwait. Este detalle no ha pasado inadvertido a muchos analistas de Kuwait, que se preguntan si el gesto de no recalar en el emirato que le ha abierto las puertas militares y geoes-tratégicas de la región a EEUU encierra algún mensaje oculto. No es de extrañar que precisamente sea Qatar el primer país del Golfo que recibe la visita de Bush desde que llegara al poder en el año 2000. Hay que recordar también que el emir Hamad ben Jalifa al-Zani había mantenido en mayo una reunión con Bush, en una gira que le llevaría después a París y Londres. Para la Casa Blanca, que ha manifestado su interés en profundizar la cooperación política, militar y económica con su aliado regional, Qatar puede desempeñar diversas funciones. Primero, asegurar la estabilidad de la región del Golfo y ayudar a que el proceso de asentamiento estadounidense en Iraq se realice de modo favorable a los intereses de Washington. En segundo lugar, le cabe a Qatar la fun-

ción de representar parte de la función de Arabia Saudí. Ésta, azotada por la crisis económica, el descrédito internacional y local de la doctrina wahhabí vigente y la creciente oposición interna a la presencia militar estadounidense, ha tenido que rebajar un tanto su implicación directa con la estrategia militar de EEUU. Incluso, ha llegado a un acuerdo con Washington para reducir el número de soldados asentados en su territorio. Riad, al contrario que la capital qatarí Doha, intentó no dejarse ver demasiado durante la invasión de Iraq, todo ello con el beneplácito de la Casa Blanca, cuya alianza con la familia Saud sigue firme en sus componentes básicos. Y, en tercer lugar, se le pide a Qatar que haga de correa de transmisión entre Estados Unidos y el mundo islámico y árabe para promover la Hoja de Ruta para Palestina. En un encuentro mantenido en París con su homólogo qatarí, el ministro de exteriores israelí declaró que “Qatar puede desempeñar una labor destacada en este punto (las conversaciones entre palestinos e israelíes), en especial por la estrecha relación existente entre su ministro de Exteriores y Abu Mazen (primer ministro palestino)”. Cabe deducir, pues, que la visita de Bush al emirato perseguía coordinar sus puntos de vista con el de ben Jalifa al-Zani tras las dos cumbres mantenidas en Egipto y Jordania con representantes árabes, palestinos e israelíes.

En parte, el ascenso de Qatar ha tenido que ver con el duelo soterrado mantenido con Arabia Saudí en diversos frentes. Uno de ellos ha sido el mismo Consejo de Cooperación del Golfo, donde Doha ha mantenido posturas a veces enfrentadas con Riad. Las invocaciones de Qatar en pro del aligeramiento de las san-



ciones a Iraq así como los debates de la cadena *al-Yazira* (en donde se discute de casi todo con profundidad y acaloramiento menos de la política externa e interna de Qatar) han tensado las relaciones. Por otra parte, las reformas políticas llevadas a cabo por Qatar, lo mismo que Bahrein, están poniendo cada vez más en entredicho el inmovilismo de la familia real saudí. Doha se ha convertido, así lo demuestran las declaraciones del presidente francés Chirac tras entrevistarse con ben Jalifa al-Zani en mayo, en un ejemplo a seguir en el proceso de transformación democrática en el Golfo.

Con todo, los avances reformistas de Qatar deben ser abordados con cierta cautela. El nuevo emir, en estos últimos ocho años, ha organizado elecciones, ha concedido el voto a la mujer y ha eliminado los mecanismos de censura. Esto, en comparación con algunos vecinos como Arabia Saudí, es un *potosí*, pero en términos absolutos queda lejos de un verdadero sistema plural y democrático. La familia gobernante de los al-Jalifa, como es norma en todo el Golfo, controla de cerca los principales centros de poder; el consejo municipal elegido en 1999 no tiene facultades para promulgar leyes civiles y puede ser disuelto por orden ministerial; los partidos políticos siguen prohibidos, igual que en todo el Golfo, lo que implica la proliferación de *independientes* de filiación política algo confusa; el consejo consultivo actual ha sido designado por el emir; y la libertad de prensa no incluye poner en duda los presupuestos de poder vigentes en el país ni las decisiones de los al-Zani en política exterior. En abril se celebró un referéndum popular para aprobar la primera constitución permanente. Los presupuestos de ésta

recordaban en parte un proceso *reformista* similar seguido poco antes en la vecina Bahrein. Entre los 150 párrafos constitucionales se incluía la formación de un consejo consultivo cuyas dos terceras partes serán elegidas en elecciones populares. El otro tercio será designado por el emir. Además, como el mismo nombre indica, las funciones de este parlamento no parece que vayan a poder ser equiparables a las de los emires... ●

SIRIA, IRÁN E HIZBOLÁ: EL 'TRIÁNGULO DEL MAL'

N.Á.

DESDE la Guerra del Golfo de 1991 hasta hoy, algo ha cambiado en la relación de EEUU con Irán y Siria. Por aquellas fechas, Damasco y Teherán tenían un protagonismo especial para Washington. La primera había enviado sus tropas a combatir, de forma un tanto simbólica, contra las tropas de Sadam Husein. De este modo, Siria se sumaba a su manera al grupo habitual de aliados estratégicos árabes de EEUU y comenzaba una nueva relación con Washington en materia de cooperación en temas de seguridad. En cualquier caso, y a pesar de que tras el 11-S los responsables estadounidenses alabaron el espíritu de colaboración de Damasco para combatir el *terrorismo*, Siria no ha dejado de estar en la lista negra de los países que apoyan el terrorismo. Irán no tomó parte efectiva en la campaña de 1991, pero la situación creada en la región, el embargo contra Iraq y los primeros indicios de la resistencia armada islamista en la zona, convencieron a la Casa Blanca de la necesidad de mantener un estado de *impas-*

se con Teherán en el que las amenazas y sanciones no excediesen nunca un límite. Igual que Siria, el gobierno iraní demostró su utilidad cuando dejó a los estadounidenses obrar a su antojo en la acción de acoso y derribo contra los talibanes y Osama ben Laden en Afganistán. Luego, Teherán hizo lo que pudo para moderar los ímpetus de la oposición chií iraquí e, incluso, medió para que parte de ella se sumase de un modo u otro a la estrategia estadounidense.

Pero en de 2003 la cosa difería. En primer lugar, Iraq no estaba cercado sino ocupado y redirigido por EE.UU; en segundo lugar, Oriente Medio ya no era coto vedado para el Pentágono: las bases militares, en el Golfo, en Afganistán, en las repúblicas ex soviéticas, se habían convertido en un accidente geográfico más y no había país inmune a una intervención militar directa por parte de EE.UU; y, en tercer lugar, la ocupación de Iraq no constituía el punto y final de una campaña sino un punto y aparte. La misma Casa Blanca afirmó que la lucha —contra el terrorismo internacional— no había hecho más que comenzar.

Antes y durante de la guerra contra Iraq se presuponía que la campaña continuaría con Siria. También se presuponía cuál sería la reacción de Damasco. Ésta había hecho gala de una actitud inusualmente hostil a las maniobras de Washington en el Consejo de Seguridad para legalizar sus planes bélicos. En concreto, las críticas de los representantes sirios a la resolución 1444 despertó las iras de los *halcones* de Washington, que reclamaban, antes ya de la invasión de Iraq, un correctivo para Siria, empeñada en solidarizarse con el gobierno iraquí y reacia a secundar la estrategia de EEUU Nada más caer Bagdad, la Administración

Bush lanzó un ataque furibundo contra Siria basándose en líneas maestras ya conocidas: desarrollo de armas de destrucción masiva, actitud amenazante hacia el gran aliado de Estados Unidos en Oriente Medio, Israel, connivencia con el régimen de Sadam Husein, apoyo a los grupos terroristas islámicos, etc.

Los medios de comunicación de EEUU se lanzaron entusiastas a promover un ambiente prebélico contra Siria que hizo creer a muchos que el conflicto era inminente. Pero Washington no pretendía otra cosa que advertir a Damasco de que no iba a tolerar más veleidades y de que sus planes para Palestina y el cerco de las organizaciones palestinas opuestas al plan de paz no debían ponerse en duda. Por esa razón, Damasco recibió la visita de varios ministros de Exteriores occidentales, entre ellos la española, subcomisionada del Departamento de Estado, encargados de portar el *mensaje*.

El mismo Colin Powell acabó recalando en Damasco, una vez contenido el temporal, para reconocer los esfuerzos de Damasco en la “lucha internacional contra el terrorismo”, los cuales deberían incluir también la ruptura total con Hizbolá, y alabar su capacidad para “entender el mensaje”. De hecho, en respuesta a las quejas estadounidenses sobre las facilidades dadas a los fugitivos del régimen de Bagdad, Siria cerró las fronteras con Iraq, devolvió a algunos representantes de cierta importancia e invitó a las delegaciones de Hamas y Yihad, dos organizaciones islamistas palestinas acusadas de terroristas por la Casa Blanca, a poner fin a sus actividades. Por lo que hace a los planes de *Pax americana*, la postura siria experimentó un cambio notable. No sólo se declararon dispuestos a aceptar el Plan de



Ruta, disposición inaudita si tenemos en cuenta las reticencias crónicas de Damasco a los proyectos de arreglo en Palestina, sino que el mismo gobierno de Damasco se mostró dispuesto a reanudar las conversaciones con Israel sobre el principio “paz por territorios”. Fuentes israelíes afirmaron que un hermano del presidente Bachar al-Asad se había entrevistado, antes de la invasión de Iraq, con un ex responsable del ministerio de Exteriores israelí para *sondear* el asunto. Meses después, un miembro del Congreso estadounidense declaró a la televisión israelí, recién llegado de la ciudad de Damasco, que Bachar al-Asad quería hablar de “muchas cuestiones de importancia”. Con todo, estas iniciativas, motivadas por la presión estadounidense, han quedado relegadas debido al protagonismo de la “Hoja de ruta”.

A Irán le han ido peor las cosas. Enclavada en el eje del mal, ahora sólo con Corea del Norte, el gobierno de Teherán está sufriendo un acoso más prolongado e intenso que el sirio. Una vez instaladas sus tropas en Iraq, la Administración Bush exigió a Irán que vigilase sus fronteras para impedir el paso de elementos indeseables y, cuando comenzó la efervescencia en el sur iraquí, amenazó a Teherán con duras represalias si interfería en los asuntos políticos de Iraq a través de sus vínculos con la oposición chií. En este caso, las armas de destrucción masiva también tenían su espacio reservado, ya que la atención de EEUU —y subsidiariamente de la Unión Europea— está puesta en el supuesto plan nuclear de Irán. Ésta alega que sus planes nucleares están destinados a fines pacíficos; sin embargo, Washington exige una plena investigación del Organismo Internacional

de Energía Atómica (OIEA) para dilucidar la cuestión. Los responsables iraníes, con el presidente Mohammed Jatami a la cabeza, han negado que pretendan desarrollar este tipo de armas. Por otro lado, Washington acusa a Teherán de dar cobijo a miembros de al-Qaeda, lo que demostraría su implicación con la red terrorista de Osama ben Laden. Esta acusación, junto con las armas de destrucción masiva, fue utilizada para justificar la invasión de Iraq. Ni la una ni la otra han quedado demostradas, circunstancia que no ha impedido el éxito de la lógica bélica de Estados Unidos ni puede impedir que algo similar se repita con Irán.

De hecho, los primeros indicios de desestabilización interna en el país surgieron a mediados de junio cuando miles de estudiantes se manifestaron contra “el régimen de los ayatolas” y, más que reformas, pidieron cambios. Desde las manifestaciones de 2002 en protesta por la condena a muerte al profesor universitario Hachem Aga Yari, crítico con el monopolio del poder civil por parte de los hombres de religión, y, sobre todo, las de julio de 1999, el país no vivía una situación similar. En esta ocasión, el presidente George W. Bush dio su apoyo público a los manifestantes y solicitó una apertura urgente del sistema político iraní. Los representantes de éste, por su parte, acusaron a la Administración Bush y los sectores iraníes promonárquicos asentados en Estados Unidos, sobre todo a las televisiones que dirigen, de alentar las manifestaciones.

Además de su punto de vista general sobre la expansión de EEUU en la región, hay un elemento de interrelación entre Irán y Siria. Hablamos de Hizbolá, cuya oposi-

ción tajante a los acuerdos de paz y su apoyo a la resistencia palestina son motivo de preocupación para EEUU. Todavía, Hizbolá parece ser la línea roja infranqueable para sirios e iraníes. Bachar al-Asad afirmó durante las semanas siguientes a la invasión de Iraq que su gobierno no pensaba abandonar a Hizbolá, cuyos dirigentes siguen reclamando a Israel una pequeña porción del sur libanés.

La vinculación de Hizbolá con Siria y sobre todo con Irán es tan robusta que a nadie se le escapa que una escalada de tensión unilateral entre Estados Unidos y cualquiera de los dos Estados anteriormente referidos o Hizbolá tendrá repercusiones a tres bandas. De hecho, la Administración Bush ha instado al gobierno libanés —durante y después de su campaña mediática contra Siria— a poner fin a la libertad de movimientos de Hizbolá en el sur del país. Beirut, alentada por Siria, se ha negado a ello alegando razones de seguridad nacional mientras que Irán ha recalcado su apoyo a la organización chií.

Con todo, el acoso internacional contra Hizbolá se va haciendo más intenso: tras el *Congress* estadounidense, el parlamento australiano ha condenado el *terrorismo* de Hizbolá, en un contexto que busca aislar regional e internacionalmente a la organización y obligar a los gobiernos libanés, sirio e iraní a revisar sus relaciones con ella. El problema para el régimen estadounidense es que Hizbolá no cuenta con las limitaciones ni condicionantes de un estado como el sirio o el iraní. De aquí que, debido a la complejidad intrínseca del factor libanés, Hizbolá sea el eje más inaccesible de este viejo/nuevo “Triángulo del Mal” de Oriente Medio. ●

SUDÁN: MÁS CONFLICTOS TERRITORIALES

N.Á.

EN abril pasado, Sudán volvió a sufrir un conflicto territorial en una de sus regiones más problemáticas. En Darfur, noroeste del país, se produjeron enfrentamientos entre las fuerzas gubernamentales y diversas milicias armadas. Darfur, región semidesértica fronteriza con Chad y dividida en tres provincias, había sido escenario de enfrentamientos esporádicos entre el ejército y las milicias, pero rara vez habían llegado los combates a la intensidad registrada en abril. Los soldados tuvieron que emplearse a fondo en la misma al-Fashir, capital de la región, y en algunos puntos de ésta hubieron de recular ante el empuje de los atacantes. Éstos, “cuadrillas de forajidos” según los portavoces gubernamentales, pertenecían a diversos grupos tribales muy activos en la región desde hace tiempo. La tribu de los Fur, asentada en el monte Marra, ha destacado en este aspecto, pero también la de los Zagawa, de la zona de Karnawi, que en los últimos meses habían atacado destacamentos militares y policiales y se había declarado en rebeldía exigiendo la autodeterminación de la región. Una tribu árabe, los Yanyuid, también ha sido acusada por el ejército de participar en acciones violentas. Por si fuera poco, además de las milicias armadas que operan en la región, el Ejército Popular para la Liberación de Sudán (EPLS, el brazo armado del Movimiento Popular para la Liberación de Sudán, MPLS) emitió un comunicado en el que aseguraba haberse hecho con el aeropuerto de la capital al-Fashur tras derrotar a las fuerzas gubernamentales. El ejecuti-



vo de Jartum acusó al EPLS de instigar los altercados y de aprovecharse de ellos para hostigar al ejército.

Cuando las cosas parecieron calmarse, el gobierno calificó los sucesos de Darfur de “tormenta de verano”. Pero, como ocurre en el resto del país, la situación resulta preocupante. En Darfur, el gobierno central no sólo tiene que afrontar tensiones esporádicas con algunas tribus africanas no musulmanas sino también con otras árabes. Durante los sucesos, los habitantes de la región se quejaban de la falta de interés del gobierno central por sus problemas y sostenían que este no había cumplido sus promesas de desarrollar la región. Estas quejas a buen seguro que fueron canalizadas por el EPLS para abrir un nuevo frente de colisión con el gobierno de sesgo islamista de Jartum, al que sólo le faltaba la crisis de Darfur para completar su larga lista de quebraderos de cabeza (el conflicto crónico del sur, tensiones con algunos estados vecinos, presiones estadounidenses en la lucha contra el terrorismo...). De todos modos, los representantes del gobierno central tuvieron que trabajar en busca de un consenso con las fuerzas políticas locales para calmar la situación.

Lo más curioso del asunto es que la escalada de tensión entre el ejército y el EPLS tuvo lugar cuando ambos mantenían nuevas negociaciones de paz en la localidad keniana de Mashakos. Ésta nueva ronda, como suele ser habitual, acabó con un comunicado en el que ambas partes se comprometían a llegar a acuerdos firmes en un plazo razonable. La última semana de mayo, los dos grandes representantes de la oposición del norte árabe, al-Sádiq al-Mahdi (Partido de la Umma) y Muhammad al-Mergini (Partido

Unionista) se reunieron en El Cairo con el líder sureño John Garang, dirigente del MPLS, y anunciaron su apoyo a las conversaciones de Mashakos, tendentes a poner punto y final a la guerra civil vigente desde 1983. En líneas generales, los líderes políticos se mostraron partidarios de una solución pacífica y democrática para la crisis sudanesa y el respeto a la pluralidad étnica, religiosa y cultural del país. Esto último tiene que ver con la aplicación de la *sharía* o Ley islámica, ya que el gobierno de Jartum ha hecho de este asunto uno de sus referentes ideológicos principales. En las conversaciones de Mashakos y también en el encuentro de El Cairo se habló de la forma de asegurar que las tres regiones del sur quedarían exentas de la aplicación de la *sharía* en su condición de zonas de mayoría no musulmana. Eso sí, el gobierno se negó a aceptar un arreglo similar para Darfur, alegando que ésta pertenece de pleno derecho a la zona norte del país, de mayoría musulmana. También han surgido discrepancias en torno al estatuto de Jartum. La oposición propone crear en ella una “capital nacional” abierta a todas las etnias y religiones como símbolo de la unidad del país, en el ámbito de un sistema federal y a partir de “nuevos presupuestos” políticos. El gobierno no se mostró muy satisfecho con el acuerdo tripartito de El Cairo, sobre todo en el punto referente a la *multinacionalidad* de Jartum. Para la oposición, por su parte, la insistencia del gobierno en promover la aplicación de la *sharía* en el norte puede dificultar el propósito de unidad, ya que el país quedará dividido en dos partes con regímenes legales distintos. En todo caso, no parece que el ejecutivo de Omar al-Bashir vaya ser muy receptivo a una de las peticiones principales de

la oposición, la celebración de elecciones democráticas y la composición de un gobierno de amplia base social que busque el consenso nacional. Por otro lado, Jartum está siendo sometido a presiones directas por parte de la Administración estadounidense. El propio presidente Bush ha afirmado que sigue el proceso de cerca y espera un acuerdo de paz definitivo pero, al mismo tiempo y a pesar de que sus relaciones con el gobierno sudanés han mejorado ostensiblemente en los últimos tiempos, EEUU sigue manteniendo a Sudán en la lista negra de los países que patrocinan el *terrorismo* y de vez en cuando acusa a Jartum de albergar a activistas de al-Qaeda. En cualquier caso, y gracias a las presiones, la Casa Blanca ha conseguido algo inusual: un avión militar estadounidense de transporte de tropas aterrizó en mayo en el aeropuerto de Jartum para colaborar en la campaña contra el *terrorismo* en el Cuerno de África. ●

YEMEN: CONVULSIÓN Y ELECCIONES

N.Á.

EN los últimos meses, Yemen ha gozado de más atención de la normal para ser un país más bien excéntrico dentro del mundo árabe. El interés suscitado ha sido, por supuesto, derivación de una problemática mayor en torno a la *guerra contra el terrorismo* librada por EEUU y al ataque contra Iraq.

Tres son los aspectos a destacar de la actualidad de este país. En primer lugar las acciones de los movimientos de oposición violentos, más o menos relacionados con al-Qaeda, relación siempre difícil de probar.

Así, no parece que tuvieran una relación directa con el grupo de Osama ben Laden las muertes de tres misioneros baptistas estadounidenses que regentaban un hospital en Yibla el 30 de diciembre de 2002. La pertenencia de los autores del crimen al islamismo radical parece fuera de duda, pero es más improbable su relación con el líder de al-Qaeda. UN individuo ha sido condenado a muerte el 10 de mayo por esta causa. No son estos las únicas muertes de extranjeros cristianos, pues en 2001 fueron asesinadas tres monjas. Con frecuencia se acusa a los cristianos extranjeros de hacer proselitismo y querer engrandecer la reducida comunidad cristiana autóctona.

Mayores consecuencias políticas tuvo el asesinato de Jayarallá Omar al-Kuhali el 28 de diciembre, uno de los principales líderes del Partido Socialista del Yemen, tercera fuerza política del país y heredero de la tradición política del antiguo Yemen del Sur. El asesinato había llegado a un cierto entendimiento con el partido islamista moderado, el Islah, y de hecho el atentado se produjo tras un mitin de este último partido en el que había intervenido al-Kuhali. El asesino fue detenido y parece indudable su adscripción islamista radical.

Otros actos violentos de oposición de menor repercusión se han dado en este país en el que la autoridad del gobierno es contestada tanto por el islamismo radical como por el tribalismo, que conserva aun una fuerza capaz de sustraer parte del territorio al control real del gobierno.

A pesar de eso, los vaticinios que anunciaban una profunda desestabilización del país como resultado de su situación en la línea de choque entre la campaña contra el terror de EEUU y la resistencia islámica han sido en parte fallidos. Desde luego,



en Yemen la oposición a la política estadounidense ha sido muy grande, con manifestaciones masivas en Saná y otros lugares. Ciertamente, el gobierno Bush se ha empleado bastante a fondo en este Estado y a finales del año pasado envió apoyo de expertos al país, coincidiendo con el reforzamiento de otros regímenes aliados y amenazados por la oposición interna, como Pakistán, Filipinas y Georgia. Está claro que fue un avión no tripulado estadounidense el que mató en noviembre pasado a un posible jefe de al-Qaeda y cinco de sus hombres en la provincia de Marib. También es sabido que aviones caza estadounidenses han estado patrullando los cielos yemeníes, en especial en la región limítrofe con Arabia Saudí. Además, la justicia estadounidense ha declarado a dos yemeníes, fugados en abril de la cárcel en Saná, como coautores del ataque suicida al navío *USS Cole* en octubre de 2000, atentado en el que murieron 17 estadounidenses. Sin duda, el gobierno Yemen se encuentra entre los que han colaborado de forma más incondicional con la administración estadounidense. Esto se ha traducido, según denuncia Amnistía Internacional, en el deterioro de los derechos fundamentales, como supone la detención y mantenimiento en prisión sin juicio de cientos de sospechosos, torturas y al menos diez ejecuciones.

Por último, la primavera ha producido la focalización del interés en las elecciones legislativas que se han celebrado el 27 de abril de 2003. El interés era saber el grado de apertura que estaba dispuesto a tolerar el presidente Alí Abdalá Salih, que rige los destinos del país desde hace más de veinte años. El presidente había insistido recientemente en la necesidad de que los yemeníes se sumaran

En Yemen la oposición a la política de Estados Unidos ha sido muy grande; ha habido manifestaciones masivas en Saná y otras ciudades



a la forma de gobierno democrática para evitar males como los que le habían sobrevenido a Iraq. Sin duda, Salih es uno de los líderes árabes más hábiles en conjugar el autoritarismo fundamental de su régimen — compatible con la debilidad estructural del Estado yemení— con una apertura que convierte al sistema político que él preside en mucho más presentable que otros. En la presente jornada electoral interesaba conocer el apoyo que sería capaz de movilizar la oposición centrada fundamentalmente en dos partidos, los ya citados socialista y el Islah. Al final el resultado ha sido plenamente satisfactorio para Salih, pues los opositores han conseguido una porción aceptable de votos, pero sin inquietar el dominio del Congreso General del Pueblo, su partido. De los 301 escaños en juego este partido ha obtenido más de 225, el Islah 46, el socialista tan sólo 7 y otros grupos afines al naserismo y al baazismo, junto con independientes cercanos al Islah, 21. Aún quedan algunos escaños por adjudicar.

De esta forma Salih ha conseguido un notable éxito al reducir el grado de oposición frontal a su régimen —hay que recordar que las anteriores elecciones del año 1997 fueron boicoteadas por los socialistas— sin que su control se vea amenazado. De hecho, el resultado de su partido en 1997 fue inferior en dos

escaños al actual. Los socialistas han fracasado, pero tampoco el Islah, que algunos suponen con mayor apoyo dada su proximidad a los líderes tribales, ha podido reunir un número de diputados suficiente para inquietar al partido dominante y a los militares.

Quizás por eso, sabiéndose vencedor, el presidente ha querido mostrarse magnánimo y ha amnistiado a varios líderes opositores, principalmente socialistas, que participaron en la guerra civil de 1994.

Aunque el grado de limpieza de la consulta sea relativo, ha de contarse entre los procesos electorales más abiertos del mundo árabe. No es que el gobierno-partido no haya aprovechado su situación para sacar provecho (propaganda ventajosa en los medios, utilización privilegiada de los lugares públicos), pero eso no deja de ocurrir en países tenidos por más democráticos. En todo caso, los electores habían asumido que sólo a

través del partido del presidente iban a obtenerse todas las mejoras estructurales que necesitan, poderosa razón para decidirse.

En los aspectos que tienen que ver con la técnica electoral se ha mejorado considerablemente con respecto a elecciones anteriores, haciendo más transparente el proceso. Las irregularidades detectadas en el acto de votar fueron numerosas, pero predominaban las de poca monta, pese a que los altercados producidos en esos días produjeran más de una docena de muertos. Valorando el acto electoral y su resultado, Sheila Carapico comentaba: “Podríamos considerar a Yemen una democracia árabe emergente, mejorando gradualmente su proceso electoral. Otra posibilidad es que se esté convirtiendo en una cuasidemocracia de partido único, como Egipto, en la que los partidos de oposición tienen la posibilidad de competir, pero no de ganar.” ■



BOLETIN DE PRENSA ARABE MARROQUI

INFORMACION DIARIA EN CASTELLANO
DE LA PRENSA ARABE DE MARRUECOS.
CADA DIA EN SU CORREO ELECTRONICO

www.boletin.org
alfanar@boletin.org